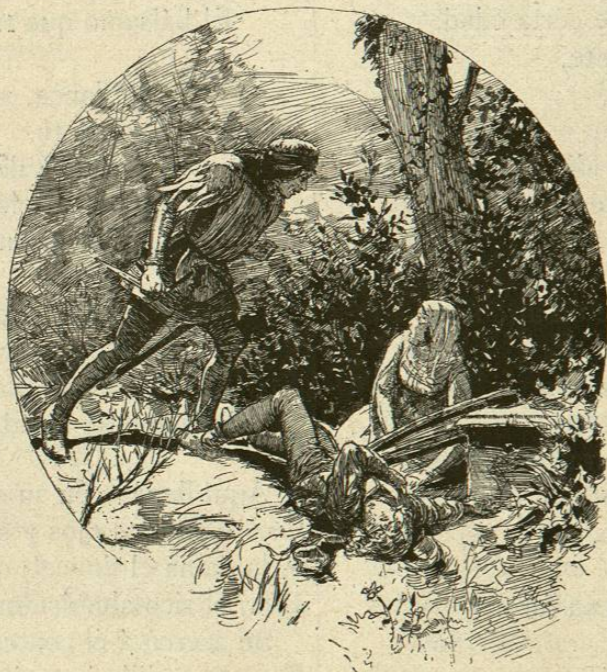


Al desplomarse en brazos de la muerte  
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,  
Cuando juzgó que la mataba un rayo,  
Quién es su matador ¡miserá! advierte.  
Y ¡oh Nuño!!! exclama en el postrer aliento,  
Y Nuño, redoblando con oíra  
Su furor infernal, torna á embestirla,  
Que sólo de su muerte está sediento.  
Y cébase cual hiena furibunda  
En el cadáver con horrible estrago,  
Bañándose frenético en el lago  
De sangre, que el jardín, cálida inunda.  
Cuando huracan horrísono rugiente  
Baja de pronto desde la alta sierra,  
Los árboles altísimos aterra  
Y el cenador y lámpara eminente.  
Embiste silbador con recio empuje  
El palacio, y lo mece, y lo fulmina;

Las gigantescas torres arruina,  
Y el muro roto se desploma y cruje.  
Y la luna purísima envolviendo  
En borrascosas nubes espantables,  
Con espesas tinieblas impalpables  
Cubrió aquel espectáculo tremendo.  
Nuño, de un trueno al espantoso grito,  
De sí mismo medroso y aterrado,  
Y creyendo que el orbe ha caducado,  
Del Sumo Sér, que lo formó, maldito;  
Por el áspero monte huye cobarde,  
De cuando en cuando deslumbrado y ciego  
De súbitos relámpagos al fuego,  
En que juzga que el globo todo arde.  
Así recién formado, con profundo  
Terror, vagar por anchas soledades,  
Envuelto en espantosas tempestades,  
Al primer homicida miró el mundo.



## SEGUNDA PARTE

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta  
Con su apacible són mi mente toda,  
Y de recuerdos plácidos circunda  
Mi helado corazón y mi memoria!  
Sevilla, reina del ameno clima  
En que Guadalquivir su régia pompa  
Ostenta, caminando hácia los mares  
Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.  
Sevilla, que gallarda señorea  
De olivo y de laurel con la corona,  
La parte más risueña de este mundo,  
Y do ingenio y valor la tierra brota:  
Mientras más léjos de tus altos muros,  
De tu inmensa basílica grandiosa,  
Y de tus odoríferos verjeles,  
Más te tengo presente á todas horas.  
En tí pasé mi juventud florida,  
Y el balsámico ambiente de que gozas  
Me restauró la sangre, que en los campos  
Por mi patria y mi rey vertí con honra.  
Y en tí gocé de deliciosos días,  
Y del amor los bienes y zozobras,  
Y recogiendo aplausos y laureles,  
De la felicidad bebí en la copa.  
Que entusiasmado viendo de Murillo  
Y Zurbaran las encantadas obras,  
Admirando tu alcázar y tu templo,  
Y oyendo hablar á Herrera y á Rioja;  
Me elevé de las brisas en las alas,  
Cual del jazmín y azahares los aromas,  
Y el fuego celestial de la poesía  
Ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias.  
Jamás, jamás te olvido, insigne emporio  
De ingenio y gracia, y de beldad; y ahora  
Mientras de tí tan separado escribo  
En alto verso esta olvidada historia;  
A la orilla de un mar que de esmeralda  
Revuelve alegre las risueñas olas,  
Inmediato al flamígero Vesubio,  
Y admirando su cumbre tronadora,  
Que humo y ceniza lanza contra el cielo,  
Y forma espesa nube, que el sol dora;  
Cercándome de flores coronadas  
De Posílipo y Vómero las lomas;

Y en Nápoles, en fin, la que en el mundo  
Tanto renombre esclarecido goza:  
A tí, y tan sólo á tí tengo delante,  
Y en tí, ¡grata ilusión! mi mente mora.  
Y miro alzarse tu Giralda esbelta  
Entre vapores de color de rosa,  
Y oigo la voz de sus sonoros bronce,  
Que retumba en los montes de Carmona.  
Y que estrecho á mi seno me figuro  
Las dulces prendas, que de mí remotas  
Allá anhelan tan sólo mis noticias,  
Y sin cesar me llaman y me nombran.  
Y escenas ocurridas en tus campos  
Voy á contar, para aclarar la historia,  
Que de la tumba de la edad pasada  
El sacro númen, que me inspira, evoca.

Poco despues que en la morisca Alhambra  
La cruz de Cristo derrocó á la luna,  
Triunfó de la espantosa idolatría  
En el bárbaro haren de Motezuma.  
Pues el Reparador del universo  
Dió de extender su nombre, y la fe suya,  
La alta misión á los esposos Reyes,  
Que á Aragon y Castilla unen y juntan.  
Y abriendo las barreras de los mares  
A las osadas españolas fustas,  
Regidas por un hombre extraordinario,  
Domador de huracanes y de furias;  
Ofreció un nuevo mundo á su grandeza;  
Do la gloria aumentar que los circunda,  
Y do la santa luz del Evangelio  
Su influjo bienhechor muestre cual nunca:  
Disipando las bárbaras tinieblas  
De las espesas infernales brumas,  
En que el rebelde Arcángel envolvía  
Las regiones del globo más fecundas.  
Allí pocos valientes humillando,  
A fuerza de constancia y de bravura,  
El poder de cien bárbaras naciones,  
Y del tenaz infierno las astucias;  
Dieron á los católicos Monarcas  
Cien coronas riquísimas, que ocultas

Para España guardó siglos y siglos  
 En tal region la Omnipotencia suma.  
 Mas de tantas conquistas milagrosas,  
 Que aun la envidia por fábulas reputa,  
 Como hicieron los bravos españoles  
 Allá en ocaso en incesante lucha;  
 La más alta, admirable y portentosa,  
 La colmada de gloria, cual ninguna,  
 Fué el imponer Hernan Cortés, el grande,  
 Al mejicano imperio la coyunda.  
 ¡Hernan Cortés!... Coloso que descuella  
 Entre los héroes que la fama adula,  
 Como gigante pino en los jardines  
 Se alza soberbio entre la humilde murta.  
 ¡Hernan Cortés!... cuyo glorioso nombre  
 El primer puesto de la historia ocupa,  
 Entre cuantos alzarse ha visto el mundo  
 En brazos de la bélica fortuna.  
 El que llevó la cruz de su estandarte  
 De triunfo en triunfo, vencedora, augusta,  
 Desde la fértil vega de Tabasco  
 Hasta las altas torres de Cholula;  
 Tan sólo con seiscientos españoles,  
 De guerreros cien mil domó la furia,  
 A fuerza de constancia y de denuedo,  
 En los valles hondísimos de Otumba.  
 Y plantó audaz el pabellon hispano  
 Con gloria eterna de la patria suya,  
 En la opulenta Méjico, que el orbe  
 Del Occidente Emperatriz titula.  
 ¡Ay!... al trazar estos sonoros versos  
 Con noble orgullo la entusiasta pluma,  
 De tanta gloria mis ardientes ojos  
 En aquella region el templo buscan.  
 Y la ven, ¡oh dolor! presa infelice  
 De raza infiel, advenediza, oscura,  
 Que á la fe del glorioso Recaredo  
 Con sus dogmas heréticos insulta.  
 Raza de mercaderes... ¿Y no queda,  
 Y allí no queda ya gota ninguna  
 De castellana sangre, que valiente  
 Tan horrenda agresion pame y confunda?  
 .....Queda, sí, y se derrama valerosa,  
 Mas sin fuerza y poder. La desvirtúan  
 Rebeliones, discordias, impiedades,  
 Delirios, ambiciones y disputas;  
 Que pérfida Albion con larga mano,  
 Hundiéndolos en mar de desventuras,  
 Sembró en aquellos pueblos infelices,  
 Que niños son, y adultos se figuran.  
 ¿Y por qué España, la ofendida España,  
 No alza la frente, y sus valientes junta,  
 Y á la venganza y al socorro vuela,  
 Perdonando cual madre las injurias?  
 Mas ¿qué pronuncio? ¡oh Dios! basta, y un velo  
 Impenetrable las miserias cubra,

Que el poder roban á la patria mia,  
 Y que la gloria de su nombre anublan.  
 Y volvamos la mente á aquellos siglos,  
 Para consuelo de tan grande angustia,  
 En que su fe y lealtad la colocaron  
 Más alta que ese sol que nos alumbra.  
  
 Triunfantes los castillos y leones  
 En la régia mansion de Motezuma,  
 Y la insignia del Gólgota humillando  
 Del ídolo infernal la frente inmunda;  
 Ya recibia el mejicano imperio  
 Sumiso, reposado, y con fe pura  
 Las suaves leyes y los santos ritos,  
 Que paz y eternas dichas aseguran.  
 Y el grande Hernan Cortés, modelo insigne  
 De lealtad española cual ninguna,  
 A poner de su Rey ante las plantas  
 Aquella gran conquista se apresura.  
 Y cargada de bálsamos y aromas,  
 Perlas, tejidos y esmaltadas plumas,  
 Oro, alimañas de pintadas pieles,  
 Indios guerreros, y exquisitas frutas;  
 Mandó partir una ligera nave  
 Desde las playas de San Juan de Ulúa,  
 Que lleve á España, y al Monarca ofrezca  
 De aquel imperio la diadema augusta.  
 Mar bonancible, y favorable viento  
 Halagan al bajel, que la fortuna  
 Conduce hácia el Oriente, y que gallardo  
 Las crespas olas, sin peligro sulca.  
 Ya mira desde léjos coronadas  
 De olivos las montañas andaluzas,  
 Y sin temer escollos ni bajíos,  
 Y humillando la barra de Sanlúcar,  
 Del gran Guadalquivir las dulces aguas  
 Riza y encrespa de argentada espuma,  
 Y entre olorosos, verdes naranjales  
 Pomposa pasa y presurosa cruza.  
 Ya ve de la Giralda desde léjos  
 Alzarse altiva la delgada aguja,  
 Y del coloso, que en su cumbre gira,  
 Los fúlgidos destellos la deslumbran.  
 De Sevilla las torres y atalayas  
 Que nave llega de Occidente anuncian,  
 Y á muelles, y riberas acudian  
 A saludarla las curiosas turbas.  
 La nave majestuosa, cuyas velas  
 Las frescas brisas de la tarde empujan,  
 Con flámulas jugando y gallardetes,  
 Que en los ingentes mástiles ondulan,  
 De la torre del Oro á los piés llega,  
 Las pardas lonas en la verga anuda,  
 Y rompe con las áncoras el rio,  
 Que fondo en que cebar el diente buscan

Y con alegre salva, que un momento  
 En blanco humo la envuelve, y que retumba  
 De los lejanos montes en los valles,  
 A la ciudad clarísima saluda.  
 El sol en el ocaso se escondia  
 Entre vapores férvidos, que ofuscan  
 Su deslustrada faz, y en el oriente  
 Se alzaba rica de esplendor la luna.  
 Del principio dichoso del verano  
 Una noche tranquila, hermosa y pura  
 Empezando á lucir, de calma llena,  
 Anunciando reposo, y paz profunda;  
 Ríndese al sueño la cansada gente  
 De la nave, ya inmóvil y segura,  
 Y la gente de tierra se retira  
 Ansiando sólo que la aurora luzca.  
 Rayó por fin en el remoto oriente,  
 Aun de celajes y vapor desnuda,  
 Y el sueño desterrando de Sevilla  
 A la Giralda con su luz saluda.  
 Cuando enjambre de lanchas y bateles,  
 De barcasas, de botes y falúas,  
 Cercan la gruesa nave, y las riquezas  
 Ansian de que preñada la reputan.  
 Y entre el comun estruendo y algazara,  
 Y voces diferentes y confusas,  
 A la radiante luz del nuevo día  
 El desembarque ansiado se apresura.  
 Y ya van á los muelles y riberas  
 Pesados fardos de riqueza suma,  
 Aves, que nunca el cielo aquel cruzaron,  
 De verdes, rojas y amarillas plumas;  
 Maderas exquisitas, que la cara  
 De los bruñidos mármoles ofuscan;  
 Especies del sabor más delicado,  
 Que olfato y paladar á un tiempo adulan.  
 Barras de oro y de plata resplandecientes,  
 Armas de pedernal, y de tortuga,  
 Coseletes y escudos con labores  
 Que á las del gran Celini sobrepujan.  
 Tejidos de algodón cual blanca nieve,  
 O teñidos de grana que deslumbran;  
 Plantas de pomposísimos follajes,  
 Con prodigiosas, odorantes frutas.  
 Gruesas perlas, espléndidos penachos,  
 Copal, y aromas, y con rara industria  
 Cueros, búcaros, cobres, filigranas  
 Labrados en fantásticas figuras.  
 Gomas medicinales, y hasta yerba,  
 Cuyo humo el marinero aspira y chupa,  
 Lanzándolo despues en blanca nube,  
 Que el ambiente en redor llena y perfuma.  
 Y hombres de otro color, y de un lenguaje  
 Que aullido de las fieras se reputa,  
 Y aunque lampiños sus feroces rostros,  
 Audacia y furia bárbara denuncian.

En fin, las producciones exquisitas  
 De un clima remotísimo, que ocultan  
 Hinchados mares; producciones raras  
 Que hasta entónces la Europa no vió nunca.  
 Tanta extraña riqueza y tanto objeto  
 Admirable y magnífico deslumbran  
 A los entusiasmados sevillanos,  
 Y su imaginacion rica, y fecunda  
 Ve aun mucho más de lo que ve delante:  
 Y pondera, engrandece, aumenta, encumbra  
 El bajel, y la carga, y la conquista,  
 Y alto portento cuanto mira juzga.  
 La ribera tocar los pasajeros,  
 Entre tan grande confusion procuran,  
 Y en los ligeros botes, y en las lanchas  
 Saltan, y se acomodan y se agrupan.  
 Y en llegando á los muelles, de rodillas  
 Con gran fervor, y con las manos juntas,  
 Dan gracias al Señor Omnipotente,  
 Que en tan extenso mar les dió su ayuda.  
 Y abrazan de la infancia á los amigos,  
 Y noticias solícitos escuchan  
 De la corte, y las grandes novedades  
 En su ausencia ocurridas los conturban.  
 Y luégo satisfacen como pueden,  
 Oyendo atenta una curiosa turba,  
 A mil necias cuestiones inconexas  
 Y á disparatadísimas preguntas.  
 Unos cuentan hazañas portentosas,  
 Otros riquezas sin reparo abultan,  
 Otros muestran horrendas cicatrices,  
 Y todo es confusion y baraunda.

Tan sólo un pasajero no demuestra  
 Para desembarcar priesa ninguna,  
 Y á todo aquel bullicio indiferente,  
 Se apoya á un mástil con la boca muda.  
 Y ya entrada la noche, por la escala  
 Desciende y toma asiento en la falúa,  
 Y manda que á la orilla más distante,  
 No al bullicioso muelle, lo conduzcan.  
 En sitio solitario en tierra salta,  
 Nadie repara en él, y no tributa  
 Gracias al cielo hincada la rodilla,  
 De que en la tierra firme el pié asegura.  
 Vaga un momento de uno al otro lado  
 Y párase despues. Los brazos cruza,  
 Con horror la ciudad cercana mira,  
 Y torna el rostro á la creciente luna.  
 Parece que al poner el pié en España  
 Y al mirarse en su tierra, le atribula  
 Algun grave recuerdo, ó que le espera  
 Alguna miserable desventura.  
 Sesenta años de edad manifestaba,  
 Era su complexion árida y dura,

Que peregrinaciones y trabajos  
Hicieron aun más fuerte y más robusta.

Su calva frente erguida y altanera  
Sulcaban profundísimas arrugas,  
Huellas de violentísimas pasiones,  
Dando á su faz una expresion adusta.

De los ardientes soles tropicales  
Mostraba en el semblante las injurias,  
Y en los brazos y pechos cicatrices,  
Que de bravo guerrero la gradúan.

Era su porte majestuoso y noble,  
Aunque pobre y vulgar su vestidura,  
Y su aspecto total era de aquellos  
Que miedo y compasion á un tiempo inculcan.

Sin nombre, oscuro, aventurero y pobre,  
Con Cristóbal Colon se lanzó en busca  
Del ignorado mundo: acaso, acaso  
Anhelando que el mar fuera su tumba.

Mas no lo consiguió, si los portentos  
Ver, y en las prodigiosas aventuras  
De aquel descubrimiento y gran conquista  
Parte tomar con importancia suma.

Y tal vez por su arrojo y fortaleza  
La frágil carabela logró alguna  
Borrasca superar, y de bajíos  
Y escollos salva continuar su ruta.

Y le vieron tambien la isla española,  
Y los manglares ásperos de Cuba,  
Romper con duro pecho las corrientes,  
Y de saetas despreciar la lluvia.

Y más tarde en el rio de Grijalva  
De aquel caudillo la infeliz fortuna  
Corrió, y con riesgo, á nado y mal herido,  
Pudo al cabo salvarse en las falúas.

Y despues las macanas de Tabasco  
Le abollaron el yelmo, y la armadura,  
Y de las flechas de Tlascala luego  
Pudo probar la envenenada punta.

Y combatió á los rudos totonaques,  
Y venció las traiciones de Cholula,  
Y regó con su sangre las calzadas,  
Y lidió con despecho en las lagunas.

Y al lado de Cortés el estandarte,  
De oro tejido, y de rizadas plumas,  
Del imperio de ocaso vió rendirse  
En la victoria espléndida de Otumba.

Y por fin prosternarse el señorío  
De la estirpe feroz de Motezuma,  
Por favor especial del cielo santo,  
A los piés de la hispánica fortuna.

Pero siempre escondido guardó el nombre,  
Y envuelta de misterio en noche oscura,  
Su condicion. Hablaba raras veces,  
Y jamás recompensa admitió alguna.

Ni se sabe por qué regresa á España,  
Y se ignora tambien si es patria suya,

Pues en treinta y dos años á su boca  
No se ha escuchado recordarla nunca.

Y no faltó tampoco quien tuviera  
De si era el tal ó no cristiano, duda,  
Pues blasfemias y horribles maldiciones  
Lanzaba en los momentos de gran furia.

Y en los grandes apuros y desastres  
Jamás pidió devoto al cielo ayuda;  
Antes bien con sonrisa del infierno  
De los que la impetraban hizo burla.

Mas por el alto esfuerzo y bizarría  
Con que arrollaba las indianas turbas,  
Y porque acaso se debió á su arrojo  
Glorioso triunfo en ocasiones muchas;

Y porque desdeñaba generoso  
Tomar de los despojos parte alguna,  
Ni tener tierras, ni adquirir esclavos,  
Y en juego y embriaguez no se halló nunca;

Tuvo en los capitanes indulgencia,  
Y sin horror la soldadesca ruda  
Le miraba, cual flor de los valientes,  
Llamando extravagancia á su locura.

Personaje tan raro y misterioso  
Es el que mira á la argentada luna  
Del gran Guadalquivir en la ribera,  
Y que acercarse á la ciudad repugna;

Pues la espalda volviéndole, camina  
A buscar de Tablada la llanura,  
Y sin senda la fresca yerba hollando,  
Ni fija direccion, lento la cruza.

Era una noche serena  
Del principio del verano,  
Cuando tan rico y lozano  
Se muestra el suelo andaluz.

Y de encanto y plata llena  
El cielo señoreaba,  
Y en la tierra derramaba  
La luna su blanca luz.

El puro ambiente dormia  
En el sueño delicioso,  
Que da el bálsamo oloroso  
Del jazmin y del azahar.

Y Tablada parecia,  
Sin árbol, casa, ni sombra,  
Una inmensa, verde alfombra  
Tendida de mar á mar.

Y en ella sola y aislada  
Aquella extraña figura,  
Que se dibujaba oscura  
De la luna al resplandor;

Alguna sombra evocada  
Parecia, por un mago,  
O fantasma incierto y vago  
De congelado vapor.

Hondo silencio reinaba  
Do sólo, como un arrullo,  
El apacible murmullo  
Del manso Guadalquivir;  
O algun rumor que llegaba  
Confuso, incierto, lejano,  
Del gran pueblo sevillano,  
Se dejaba percibir.

Cuando la torre eminente  
De léjos, con diez pausadas  
Y sonoras campanadas,  
Las tinieblas conmovió.

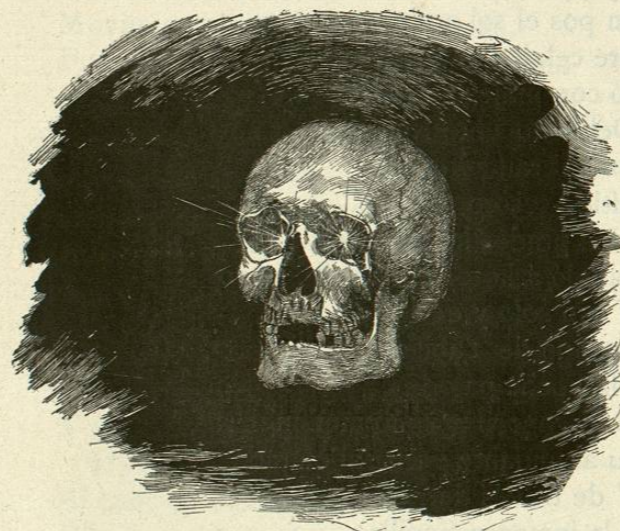
Y oyéndolas aquel ente  
Misterioso, cual si oyera  
Rugidos de oculta fiera,  
Sus pasos aceleró.

Y la yerba larga hollando  
Empapada de rocío,  
En su seno húmedo y frio  
Algo tocó con el pié.

Algo que salió rodando...  
Redonda piedra seria,  
Pues que tanto se movía,  
Y corto el impulso fué.

Mas torna á hallar el estorbo,  
Que otra vez rueda delante,  
Y que un ruido semejante  
A cosa hueca formó.

A tropezar vuelve, y torvo  
Quiere ver qué le importuna,  
Y al resplandor de la luna  
Blanca calavera vió.



Obsérvala horrorizado,  
Y en las órbitas desiertas,  
Y de carne no cubiertas,  
Ve dos chispas relucir:

Dos ojos, ¡desventurado!  
Que lo miran y confunden,  
Y tal desmayo le infunden  
Que no puede el triste huir.

Y crece su angustia fiera  
Cuando en sepulcral acento  
A la boca sin aliento  
Oyó: ¡Nuño Garceran!!!  
Su nombre, de tal manera  
Pronunciado, lo anonada,  
Y con la sangre cuajada  
Faltándole fuerzas van.

Pero en mármol convertido,  
Inmóble, insensible, yerto,  
Para escuchar á aquel muerto  
Allí plantado quedó;

Y tras lúgubre gemido  
La ya monda calavera,  
De esta terrible manera  
Desde la yerba, le habló:

«Escúchame atentamente,  
Oye, Nuño Garceran,  
Que te está hablando Rodrigo,  
Aquel tu amigo leal.

Y este triste resto suyo,  
Veinte años hace que está  
Esperando tu regreso  
En aquesta soledad;

Conservando, como notas,  
Por decreto celestial,  
Ojos con luz para verte,  
Lengua fresca para hablar,  
Y revelarte un misterio  
De tanta importancia, y tan  
Interesante á tu alma,  
Como tú mismo verás.

»A diez horas de la noche  
Hoy treinta y tres años há  
Que á tu esposa doña Blanca  
Diste muerte sin piedad,  
Juzgando que te ofendía,  
Y hasta viéndolo, que es más.

»Pero es falso muchas veces  
Lo que se ve, Garceran.  
Pues te amaba delirante,  
Con pasion y con lealtad,  
Y era tan santo y tan puro  
Su pecho como un altar.

»Cuanto vistes fué mentira,  
Fué trama vil y falaz  
Que me sugirió el infierno,  
Que me inspiró Satanás,  
Para vengar rencoroso  
El desden y el ademan  
Con que desdeñó orgullosa  
Mi seducccion pertinaz.  
Y temiendo de una parte  
Que os revelara quizá  
Los atrevidos intentos